

Capítulo 39 - Luces pálidas

- Capítulo 39 - Luces pálidas

Capítulo 39 - Luces pálidas

Angharad se encontró, contra su voluntad, cautivada por la vista del Capitán Wen Duan comiendo una manzana.

No por desorden o falta de modales, sino porque cortaba rebanadas de ella, una pequeña porción a la vez, y las metía en su boca—sin mirar sus manos ni prestar atención ni a la manzana ni al cuchillo doblado. Era como observar a un hombre caminando por el filo de un acantilado en medio de un vendaval. Seguro, en cualquier momento, Wen podría cortarse. Que con obstinación evitara hacerlo era admirable, pero también frustrante en un modo abstracto.

—Sabes, me molestaría que tu tío se pavoneara tanto en la Decimotercera si no fuera porque me está sobornando otra vez— dijo el Capitán Wen.

Angharad hizo una mueca, que era casi lo único que podía hacer sin desmayarse de agotamiento después en estos días. Había intentado levantar un vaso con agua esta mañana y sentía como si sus dedos fueran de goma. Apenas logró agarrar el vaso, mucho menos moverlo.

—Seguramente— intentó—, eso es solo un regalo de agradecimiento por tu—

—No, más bien parecía un soborno— musitó Wen—. No es como si solo me deslizaran una bolsita de oro debajo de la mesa, tu tío es un caballero, pero tenía esas características de soborno. Debería saberlo, esas eran las únicas cosas buenas del Dominium. Las frecuentes sondas eran el método que usaban los oficiales superiores para vender el destino a los ingenuos que voluntariamente se ofrecían para la misión.

Angharad se atragantó.

—¿Quieres decir que la Guardia sabe de los sobornos en el Dominium?— preguntó—. ¿Que□□ esto?

—Es política oficial, incluso— añadió Wen—. Solo tienes que reportarlos. Así, los infanzones siguen enviando a sus pequeños, seguros de que llenar nuestros bolsillos de oro les dará a sus descendientes una ventaja para sobrevivir y volver cubiertos de gloria.

Fue un alivio saber que quizás el tío Osian no había violado la ley al allanar su camino en el Dominium, aunque Angharad desconfiaba de cualquier implicación con sobornos. Hipócrita— se reprendió—. Te burlas del oro cuando has sido comprada y vendida con promesas tan delgadas como el aire. Ansiosa por dejar atrás ese pensamiento oscuro, aclaró su garganta.

—Gracias por su visita, Capitán Wen— dijo.

El corpulento Tianxi evitó por poco cortarse el pulgar, produciendo en cambio una fina rebanada de manzana que tragó tras un satisfecho chasquido de labios.

—Soy patrón de la Decimotercera— se encogió de hombros—. La cual, según tengo entendido, aún formas parte.

Ella volvió a hacer una mueca.

—Esa incertidumbre— dijo con delicadeza Angharad—. es la razón por la que quería hablar contigo. Mientras consideraba cambiarme a otra brigada, la situación ha cambiado.

Otra aparente salida milagrosa, otra rebanada de manzana.

—Escuché algo— aceptó Wen—. Un movimiento que pasó por todos los obstáculos, incluso obtuvo una votación en el Concilio. Alguien debe haber negociado favores muy jugosos.

Hizo una pausa.

—Así que ahora estás atrapada en la nave que querías dejar y vienes a mí para...

Frunció el ceño, mirando a través de esas gafas con borde dorado.

—Para averiguar qué ha pasado desde que empezaste a compartir habitación con la Trigésima Primera— supongo.

—No es incorrecto— admitió Angharad—. Solo tengo rumores de lo que sucedió con la Cuarenta y Nueve, o incluso del asalto a Song. Parece que hubo reconciliación en mi ausencia.

Lo que tenía ella era una mandíbula que se apretaba, aunque apenas un poco. Si en la brigada se podía hallar tanta gracia y destreza, ¿por qué solo se había manifestado después de que ella se había ido? ¿Era realmente tan desagradable que ninguno de ellos hubiera considerado intentarlo cuando todavía tenía un pie en la cabaña? Wen apenas logró salvar su índice de un raspón bastante molesto, masticando su rebanada.

—Podría ser—, dijo el hombre corpulento.

Angharad esperó pacientemente, pero él solo cortó otra porción y se la comió.

—Si quieres que lo explique—, dijo ella.

—No lo haré—, Wen Duan le respondió con franqueza. —Confundes lo que soy para ti, Tredegar. No soy tu informante, y aceptar la moneda de tu tío no significa que te esté obligado de ninguna manera. Si quieres saber qué han estado haciendo los demás, pídeles a ellos.—

Se inclinó hacia adelante.

—Si buscas consejo, te lo daré—, dijo Wen. —Si necesitas que te transmitan un mensaje, será, bueno, no un placer, pero puedo encargárselo a Mandisa, así que lo suficiente. No se te debe deber nada más.—

Angharad apretó los dientes.

—No quise dar a entender—, comenzó a decir.

—No, pero lo hiciste de todas formas—, la interrumpió con facilidad. —Bújalo y sigue adelante, niña.—

Cortó un trozo superficial de manzana, el filo del cuchillo susurrando contra una uña, y tomó la pieza.

—¿Alguna otra cosa?—

Angharad respiró profundo y cerró los ojos. Le palpitaba la cabeza en la parte posterior, cerca de la nuca, pero el dolor de cabeza ahora era un compañero constante. Parte de ella quería esperar más tiempo antes de seguir con esto, hasta estar más avanzada en su recuperación. Solo le había revelado todo a su tío anoche; aún quedaban más de dos semanas antes de que partiera el barco hacia Asphodel. Pero esa voz era la parte de ella que retrocedía ante el trabajo, por la vergüenza de las necesidades que aún le quedaban por afrontar.

Así que Angharad tragó su orgullo, consciente de que en los próximos días se acostumbraría a ese sabor.

—Solicitaré consejo—, dijo finalmente.

—Nunca combines un vino tinto Lanka con merluza de roca—, repuso Wen sin pestañear. —Parece suave al probar la botella, pero no lo es. Arruina por completo el sabor.—

Le dolió un poco a su orgullo Pereduri haberle dejado eso en herencia.

—Respecto a retomar un lugar en el Dicetrésimo, más específicamente—, dijo Angharad.

—Ah, eso—, sonrió él. —Te diré que la verdadera cuestión de esa situación es una decisión que aún debes tomar tú misma.—

Wen Duan se ajustó las gafas sobre la nariz.

—¿Intentas volver a Asphodel, o quedarte allí para siempre?—, preguntó. —De cualquier modo, necesitarás conversar con Song, pero esas serían charlas distintas.—

Casi respondió Asphodel, pero guardó silencio. Hablar precipitadamente nunca suele ser una buena idea.

—¿Crees que ella estaría dispuesta a aceptar un acuerdo temporal?—, preguntó en su lugar.

—Sin que tú proporciones algo a cambio—, dijo Wen sin rodeos. —Tenías dos puntos fuertes, Angharad: tu destreza con la espada y tus conexiones. Por lo que escucho, la mano ya se está mejorando, y ella puede apoyarse en tus contactos de igual modo. ¿Qué aportas tú a la mesa?—

—Me recuperaré con el tiempo—, dijo Angharad. —Para cuando partamos hacia Asphodel, podré caminar con un bastón, y dependiendo de cuánto permanezcamos allí—

Ella le dirigió una mirada interrogante, esperando una respuesta.

“Depende de tu prueba y de qué tan rápido la completes,” dijo el Capitán Wen. “Podría ser una semana, o quizás meses.”

Los labios de Angharad se estrecharon. Una semana en Asphodel después de unos días en un barco — el Rectorado no estaba lejos de Tolomontera, considerando los vientos favorables — no sería suficiente para recuperarse de manera significativa. Le habían dicho que un mes más y estaría en condiciones de salud bastante buena, pero antes de eso... Forzar demasiado su cuerpo demasiado pronto podría prolongar su convalecencia.

“No estoy segura de qué puedo ofrecer a cambio,” admitió.

“Entonces reflexiona sobre ello, antes de enfrentarte a Song,” dijo Wen. “Sería mejor que abandonarás la idea de tener la ventaja en esta situación.”

Le lanzó una mirada difícil de descifrar.

“Ese episodio con la mara no hizo mucho por tu reputación,” afirmó el capitán, con gafas. “Podrías estar en una posición más delicada de lo que crees.”

Angharad lamió sus labios.

“¿Qué se está diciendo?”

“Que actuaste como una tonta, y casi te matas,” respondió, doblando el cuchillo y levantándose. “Ninguna de esas afirmaciones es falsa.”

Wen mordió la piel de su manzana, devorando la jugosa pulpa y tragándose el bocado de un solo sorbo.

“Por los próximos días tienes un límite para visitar a las personas, para evitar que te esfuerces,” dijo. “¿Quieres que añadan al Listado del Treinta y Uno a quienes sí se les permite visitarte? Varias personas te han visitado mientras estabas inconsciente.”

“Por favor, hazlo,” respondió Angharad.

Asintió, y luego arrojó distraídamente el corazón de la manzana al lecho de césped en el rincón de la habitación. Parecía tener un pulso suave para esa tarea, notó ella, considerando que era un hombre con gafas.

“No todo está perdido por estar en defensa,” le susurró el Capitán Wen. “Es donde comienza la mayoría, Angharad. Encontrarás la manera de seguir adelante.”

Angharad le dio las gracias en silencio, y él asintió en respuesta, saliendo caminando de la habitación. La noble se desplomó nuevamente en sus almohadas en cuanto él salió, cerrando los ojos mientras un zumbido retumbaba en su cabeza. Incluso las conversaciones le agotaban en estos días, pero no se atrevía a dormir, no hasta haber encontrado algo con qué negociar con el Decimotercero.

Fue un día largo de buscar callejones sin salida, seguido de una noche igualmente prolongada.

--

Tristán había visto asesinatos cuyas secuelas eran menos espantosas.

Había colocado el espantapájaros en el borde del campo, clavando el poste profundamente en la tierra y cruzándolo con una rama larga a la altura del hombro. La cabeza era una bola de tela rellena de paja y un sombrero barato — un simple gorro — pero había vestido su obra maestra con una túnica marrón suelta, con paquetes de paja atados y empujados debajo para rellenar el marco. En su opinión, era muy convincente.

Aparentemente, no para la urraca, pues había destrozado la figura.

El espantapájaros fue brutalmente decapitado, su cabeza en el suelo mostrando marcas de haber sido picoteada a través de la tela. La paja asomaba tristemente por esos agujeros. El sombrero fue arrancado, rasgado en los bordes y abandonado en la tierra. Lo peor fue el destino del cuerpo del espantapájaros: eviscerado, la túnica abierta en el vientre con paja saliendo en el suelo como vísceras.

Para que eso sucediera, Tristan sabía que las cuerdas que mantenían los haces de paja unidos tendrían que haber sido abiertas con el pico. Este... acto de barbarie no fue mera casualidad: le estaban enviando un mensaje.

“No veo ninguna semilla,” dijo Maryam, tomando un bocado de su manzana.

Masticó tan ruidosamente y de manera tan molesta como pudo. Tristan frunció el ceño. Era cierto, ninguna de las semillas que había plantado aquella mañana permanecía. Como la vez anterior, el ave había sido meticulosa en quitarles todas.

“Lo sé,” dijo él.

Ella tragó con estrépito.

“No creo que tu idea del espantapájaros haya funcionado, Tristan,” opinó Maryam.

“Lo sé,” respondió Tristan con un tono casi de muerte contenida.

Se ajustó la túnica para ocultar su irritación. Esto era solo un revés.

“Solo he comenzado,” anunció Tristan Abrascal. “Si tengo que sobornar al propio armero de Ferranda para que me confeccione trampas, ¡lo haré, por los Manes!”

Se volvió para lanzar una mirada al tejado de la casa.

“Tus días están contados, ave,” le gritó. “Esto aún no ha terminado.”

Era un hombre digno, por lo que no agitó el puño. Esta moderación fue recompensada con la revelación de su enemigo: en los tejados hubo un destello de movimiento, plumas negras en las tejas, y luego un canto de ave que responía. Era el sonido que haría una bisagra si pudiera croar.

“¿Sí?” gruñó él. “Bueno, veamos cómo evades las últimas trampas de Tianxia, entonces.”

Una carcajada oxidada respondió.

“Creo que esto podría ser lo mejor que me ha pasado en todo el año,” confesó Maryam.

--

El Capitán Tozi Poloko poseía un contrato del tipo que los nobles libran en guerras privadas para mantener control sobre ellas.

Aunque Song nunca había oído hablar del Hermano Trescientos Noventa y Nueve, no podía ser un dios insignificante: era una gran bendición, otorgándole a la capitana Tozi el poder de discernir cuál sería su fuente de muerte en las próximas tres horas. Era un contrato de recompensa adicional, por lo que los Izcalli no tendrían que pagar cada vez que buscaban su final.

El precio tampoco era excesivo, al menos para alguien con recursos. Tozi Poloko debía levantar un altar dedicado al Hermano Trescientos Noventa y Nueve cada año hasta su muerte, aunque la palabra Centzon también puede significar ‘santuario’. La implicación, pensó Song, era que no necesariamente tenía que ser un altar grande.

“Nuestro patrocinador impartirá clases de Teratología mientras estamos en la Empresa Valiente,” dijo la capitana Tozi, rompiendo un hueso de pollo con las manos y retirando la carne. “No me queda claro si estas lecciones continuarán durante nuestro paso por Asphodel.”

En busca de un lugar económico y privado con buena comida, Song acudió a la mejor fuente a su alcance y fue recomendada por la capitana Wen, la conocida como ‘La Decimotercera Pandería’, una rosticería de Lierva con uno de los nombres más audazmente blasfemos que haya oído. El dueño era un hombre serio, marcado por cicatrices y con una mano garfada, capaz de asar un pollo delicioso pero que categóricamente rechazaba poner aceite en sus faroles o arreglar las sillas para que no tambalearan.

La luz interior parpadeaba y olía ligeramente a aceitunas, aunque eso no impedía que una mujer con ojos como los de Song se fijara en la imagen de Tozi Poloko.

La Izcalli era baja y delgada, casi juvenil, y su peinado reforzaba esa impresión: rapada, salvo por una estrecha franja de cabello levantada que recorría toda su espalda, y dos pequeñas marcas sobre sus orejas. La marca de la nobleza izcalli, del tipo guerrero: el cuachic era un honor concedido a aquellos de alta cuna que se destacaron en una guerra floral. Las marcas allá estaban, lo que indicaba que Tozi descendía de un guerrero, pero no había combatido en dicha guerra floral.

Un peinado elaborado y llamativo, que junto con los adornos en sus labios y nariz desempeñó un papel importante en desviar la atención de sus ojos pequeños y húmedos, y de sus cejas severas.

—Aunque no con tanta regularidad —respondió Song—. Nuestro propio patrocinador me lo confirmó cuando mencionó que enseñaría a Saga durante el itinerario.

La capitana Tozi metió un bocado de pollo en la boca, luciendo pensativa mientras masticaba. Había pedido medio pollo y lo devoraba con alegría, mientras que Song se conformaba con caldo de hueso de pollo y quizás el peor té que había probado en su vida.

—Supongo que los cuatro patrocinadores serán instructores, entonces —dijo Tozi—. Sé que el patrocinador del Onceavo es un Sabio. No creo que tú sepas quién está detrás del Cuarto.

—Su hombre es un Navegante —le dijo Song—. Un teniente llamado Mitra.

Aparentemente, Tristan tenía una fuente dentro de la Cuarta Brigada dispuesta a proporcionar información, así que Song le había pasado al Bonete una lista de preguntas. Era una lástima que las consultas de Maryam a la capitana Yue sobre la posición del Teniente Mitra en la jerarquía interna de Akelarre hubieran sido rechazadas, pero los señalizadores valoraban mucho el secreto.

—Entonces, teología para el Navegante y mandato para la túnica de la Sociedad Peiling, —meditó la capitana Tozi—. Me pregunto si enviarán un Skiritai o una Stripe para cubrir Asuntos de Guerra.

Song creía que sería un Skiritai, ya que cualquier Stripe importante lo suficiente como para acompañar una delegación diplomática a Asphodel probablemente tendría mejores cosas que hacer que enseñar clases. Es más, lo más probable es que quien fuera enviado a entrenar a los estudiantes Skiritai también diera clases de Guerra de forma ocasional.

La Decimotercera, Decimonovena y Onceava tenían cuatro estudiantes cada una, mientras que la Cuarta, por su propia naturaleza contraria, contaba con cinco, por lo que diecisiete alumnos de la Scholomance se embarcarían hacia Asphodel. Cada pacto seguramente tendría al menos un representante entre los estudiantes enviados, lo que significaba que cada pacto debería enviar un instructor o encargar a uno de los patrocinadores de la brigada esa responsabilidad.

—¿Has oído algo sobre las pruebas que nos esperan? —preguntó Song distraídamente.

Ella bebió su té horrendo mientras la capitana Tozi la observaba. ¿Había sido preparado con hojas de té o simplemente con algo arrancado del arbusto más cercano?

—Rumores —dijo la Izcalli—. Nuestro patrocinador dice que seguramente habrá una investigación entre ellas. Al rectorado le gusta contratar a los Vigilantes para tratar con criminales que usan

contratos. ¿Escuchaste algo tú?

Tozi Poloko había aportado suficiente información desconocida para que valiera la pena cultivarla como una amistosa conocida, decidió Song, así que abrió ligeramente la puerta.

—Me informaron que al menos una de las pruebas nos llevaría fuera de la capital, hacia el campo —dijo—. Adivino que será un contrato de exorcismo.

La Izcalli de ojos castaños hizo una mueca, como correspondía. Los contratos de exorcismo trataban de eliminar la influencia de un intelecto de éter en un área física y, aunque no eran necesariamente peligrosos, tenían fama de ser impredecibles. Quienes contrataban a los Vigilantes generalmente no sabían si estaban enfrentándose a un fragmento de un dios antiguo fortaleciéndose o a un espíritu menor que había devorado éter y había decidido hacer travesuras.

Significaba que aceptar contratos de exorcismo era como lanzar dados. El tío Zhuge le había aconsejado evitarlos a menos que pudiera formar una brigada especialmente hábil en esos asuntos, cosa que Song no tenía. Aunque contaba con un Navegante, le faltaba un Sabio experto en las áreas relevantes.

“Esperemos que ese maldito de la Sociedad del Leopardo tenga la mala suerte, entonces”, dijo el Capitán Tozi secamente.

“Yo brindaré por eso”, estuvo de acuerdo Song con fervor, y bebió.

--

“Ahí tienes”, dijo el Capitán Yue. “Pruébalo.”

Al principio no parecía gran cosa. Un anillo de bronce, una banda ancha y plana. Sin embargo, al mirarlo más de cerca, se descubría una franja atravesando su centro. Grabados criptoglifos, tan diminutos que casi no podía distinguir Maryam con sus ojos, y su mente luchaba por comprenderlos en la medida de lo posible. La Izvorica no necesitaba extender su nave para sentir la simetría conceptual que allí se presentaba, como una sutil presión de acero.

“¿Qué significan?” preguntó en vez de obedecer.

“No lo sabemos”, reconoció Yue. “Solo la mitad de los criptoglifos antediluvianos se entienden, y ningún hallazgo nos ha permitido descifrar su significado.”

“Pero sabes el efecto”, adivinó Maryam.

“Lo sé”, afirmó el Capitán Yue, “y tú también lo sabrás. Cuando te lo pongas.”

Ella tomó el anillo del cojín, innecesariamente ceremonial, y con cautela recorrió el contorno de los criptoglifos con el pulgar. Sentían fríos, como una poza en primavera. Al deslizarlo en su dedo, Maryam se preparó para una sensación que nunca llegó. Pasaron los minutos.

“No tuvo ningún efecto”, dijo.

“No es un anillo mágico, Maryam”, indicó Yue con los ojos en blanco. “Es un dispositivo. Envolver tu nave, como una cuerda.”

Con las mejillas ligeramente sonrojadas, ella obedeció. Ahora Maryam percibía... algo. Existía un tipo de simetría conceptual en acción, pero aparte de sentirlo, no parecía hacer nada. Envolver su nave en una cuerda alrededor del anillo tres veces y luego miró a su mentora con una ceja levantada.

“Para”, dijo el Capitán Yue. “Ahora tira de tu nave hacia atrás.”

Maryam frunció el ceño y tiró con la mente, como si intentara desenrollar la bobina de su nave que había tejido alrededor del anillo, pero este lo sujetaba firmemente en su lugar. Se quedó inmóvil, sorprendida.

“Ah, entonces funciona”, sonrió Yue.

“¿Qué es esto?” susurró ella.

“Decidí llamarlos anillos rascadores”, explicó el Capitán Yue. “Considera el anillo como una pieza de engranaje que gira solo en una dirección. Cuando la nave se aleja de ti, se queda atascada en los dientes. Quitando el anillo, tu nave se libera.”

“Mientras lo tenga puesto, evita que la entidad pueda tirar de la nave que he tejido, de la misma forma en que un engranaje lo impediría”, susurró Maryam, con el corazón latiendo fuerte en los oídos. “Podría rastrear las Señales con lo que esté atado, sin interferencias.”

“Eso hará más que eso”, respondió Yue con una sonrisa astuta. Y como esta criatura es fuerte, tal vez en algún momento se rompa un anillo. Haré un conjunto para ti, y podrás envolverlos como una polea, distribuyendo la fuerza.”

La Tianxi sonrió con satisfacción.

“Las herramientas”, dijo ella, “son como logramos arrebatarse el mundo a los espíritus y animales. Esto no es diferente.”

Solo el nombre seguía pareciéndole extraño a Maryam, porque ¿por qué no llamarlos engranajes o poleas en su lugar? Solo pensándolo un segundo significado para “rake” fue lo que la llevó a juntar los conceptos.

“Y cuando la entidad luche contra los anillos, se lastimará en las ‘dientes’”, dijo Maryam. “Como garras que rasguñan su carne.”

“Heridas pequeñas”, estuvo de acuerdo Yue. “Gotas de sangre que tú tragarás. No podrá dejar de luchar, Maryam, incluso sabiendo que se hace daño a sí misma. Esa es su naturaleza.”

La Izvorica estremeció ante la luz en los ojos del Capitán Yue, que no era ni cruel ni bondadosa, sino fríamente satisfecha, en la manera en que un reloj puede sentirse complacido cuando sus engranajes giran con armonía. Solo preocupada por la belleza de la función, indiferente a si perdió un dedo al arreglar los pequeños componentes.

"Te lo alimentaré, Maryam, pieza por pieza."

--

Fue una visita agradable, en general, pero tener a cuatro personas extendió los límites de Angharad.

Zenzele fue quien lo notó, inclinándose hacia un lado y susurrando al oído de Ferranda mientras Shalini continuaba gesticulando animadamente durante su relato. La victoria del equipo de Lindiwe Sarru contra un lemur de la lista de Acero era tema de conversación en toda Allazei, y la pistoletera de Someshwari había quedado impresionada por la forma en que murió la gran quimera, sin que ninguna de las integrantes del equipo de Lady Sarru sufriera daño alguno.

"Conozco a la mujer de la que obtuvieron las granadas," aportó Rong cuando Shalini hizo una pausa para tomar aire. "No se puede hacer sin jugar con la alquimia, hay un efecto de Luz — pero la fórmula debería ser simplemente pólvora, en realidad. No es tan difícil de fabricar."

"Quizás para un Tíker," dijo Ferranda. "Además, no creo que Angharad vuelva pronto a Acallar."

"He recibido noticias del Mariscal," dijo Angharad. "Se espera que comience a asistir cuando pueda caminar con un bastón."

La infanzona pareció horrorizada.

"¿Para pelear?"

Angharad aclaró su garganta con cierta vergüenza.

"Para servir como un nuevo ejercicio," admitió. "Debo ir al arena y ser protegida de las bestias por un escuadrón."

Una pausa.

"El Mariscal de la Tavarin permitirá volver a elegir en las listas a cualquier compañía que complete el ejercicio."

"Oh, eso sería tan útil," murmuró Shalini. "¿Te dejan luchar en serio?"

"Solo con armas de fuego, salvo en defensa propia," respondió Angharad.

Zenzele aclaró su garganta desde el otro lado de su cama.

"Por interesante que sea, pronto nos esperará Philani en los Dragones," dijo. "Puedes planear los detalles de su regreso en otro momento, Shalini."

La mujer en cuestión parpadeó, aparentemente sorprendida, y luego miró a Angharad. Lo que vio allí la hizo mordisquearse el interior de la mejilla.

"Por supuesto," dijo Shalini. "Pasaré mañana, Angharad, mi historia todavía no está del todo terminada."

"Lo esperaré con gusto," sonrió ella.

Zenzele hizo salir a los demás como un sargento particularmente educado, pero aunque ella se puso de pie, Ferranda no se marchó. Esto no fue una sorpresa: habían hablado entre ellas de que Angharad se uniera a la Treinta y Primera, pero también de obligaciones que lo impedían. La infanzona merecía una resolución a esa conversación. Un silencio prolongado se extendió entre ellas, casi tenso.

"Escuché que no hubo daños permanentes," finalizó Ferranda.

Los labios de Angharad se estrecharon.

"Se cree que perdí algunos recuerdos," respondió. "Una pérdida menor, llamaron al Aquelarre, pero ¿cómo podría saber si fuera otra cosa?"

Era una cosa temerosa, escuchar que de alguna manera te habían hecho menos y que probablemente nunca sabrías exactamente cómo.

"Investigué sobre las maras," dijo Ferranda. "Podría haberse puesto mucho peor."

"Eso es cierto," murmuró Angharad. "Mi tío fue... firme en decirme eso mismo."

"Si hubo enojo, supongo que nació de la preocupación," dijo la infanzona de cabello rubio, cruzándose de brazos. "De verdad me alegro de que te hayan evitado lo peor, Angharad."

El ceño de Pereduri se frunció. Ya había sido dos veces. Esa era la diferencia entre desear bien y preparar el terreno.

—Tienes malas noticias —adivinó Angharad.

El rostro de Ferranda Villazur, siempre propenso a la severidad, se endureció.

—Nuestra conversación sobre tu ingreso en el Trigésimo Primero debe considerarse definitivamente concluida —manifestó.

El instante de sorpresa, pensó Angharad, duele quizás más que las propias palabras. No había imaginado a Ferranda del tipo de mujer conmovida por los rumores de Wen, pero tal vez eso era injusto. La reputación importaba en Scholomance, debía reconocerlo aunque algunos exageraran

en su obsesión por ella.

—Debo quedarme con el Décimo Tercero por varias semanas aún —dijo—. Sin embargo, nos esperan muchos años en esta isla.

—Enterradlo para siempre, Angharad —corregió Ferranda con firmeza—.

La noblewoman se quedó quieta. ¿Para siempre? Eso era... No, los rumores no pondrían esas palabras en los labios de la infanzona. ¿Qué había ocurrido? Su desconcierto debía ser evidente, pues el maxilar de Ferranda se tensó al verlo.

—Tú...

La voz de Ferranda se volvió fría y cortante.

—Era suficiente que te fueras sola a Allazei sin advertirnos a ninguna, pero esa no fue la peor decisión que tomaste esa noche —dijo—. Entraste en una capa, entablaste un encuentro con un parásito y, tras tener la suerte de no morir, lo llevaste de regreso a la casa.

Hubo en los ojos de Ferranda un rastro de ira fría.

—Rong y Zenzele durmieron a pocos pasos de un titiritero y nunca supieron nada, porque tú nunca dijiste una palabra al respecto. Si Song no lo hubiera descubierto, quizás no nos habríamos dado cuenta hasta que la mara atacara a uno de ellos en su sueño.

—Yo —comenzó Angharad, luego tragó saliva—. Hubo—

Se mordió el labio. ¿Cuánto podía contarle a Ferranda sin delatar demasiado?

—Pusiste en peligro a mis cabalistas —dijo la infanzona con dureza—. No me importa cuáles fueron tus motivos, Angharad. Si no fuera por una suerte, tu imprudente maniobra podría haber causado la muerte de otros.

De manera tajante, cruzó sus manos tras la espalda.

—La imprudencia es una cosa cuando solo arriesgas tu vida, pero trajiste a otros al peligro que tú misma provocaste. No puedo, en conciencia, aceptar que te recluten en la Tercera Brigada.

Angharad tragó saliva, apartando la vista del ardiente mirada de la infanzona. Se encontró mirando hacia su regazo, como una niña regañada, pero ¿cómo podría resentir eso cuando no tenía argumento que ofrecer? Tenía... Ferranda tenía razón en estar enojada. Ni Rong ni Zenzele tenían por qué pagar por las decisiones que Angharad había tomado, y que aún tomaba. Ella había traído problemas a su puerta y jamás los advirtió.

—Lo comprendo —susurró.

Un momento pasó, hasta que escuchó el suspiro de Ferranda.

No deseo cortar todos los lazos entre nosotras, Angharad —manifestó—.

La cabeza de Pereduri se levantó y vio que la expresión de la infanzona se suavizaba levemente.

—Ahora marco una línea para no tener que hacerlo jamás —dijo Ferranda—. Ya no puede haber cuestionamiento sobre que compartas techo o formación con nosotras, pero nada más deberá cambiar. No creo que Zenzele o Shalini cumplieran esa orden, aunque yo estuviera dispuesta a darla.

No, pensó Angharad. Por buena que fuera la intención, no todo podía ser tan simple. Cuando un vaso de arcilla se rompe, volver a unir los pedazos no restaura el agua que contenía. Había quebrado la confianza que le habían otorgado; no sería fácil que las cosas regresaran a la forma en que fueron.

“Entiendo,” repitió ella, como una niña o una ingenua.

Ferranda expulsó un largo suspiro.

“Debería haber esperado más antes de decírtelo,” afirmó finalmente. “Zenzele tenía razón.”

Otro punzazo de dolor al escuchar que Zenzele no discrepaba con la palabra, sino con el momento en que se habló.

“No,” respondió suavemente Angharad. “Me alegro de que no lo hayas hecho. Si hubieras visitado más de una vez antes de decírmelo, habría sido....”

Una mentira, de una forma indescriptible.

“Tus asuntos pueden permanecer en la casa mientras desees,” dijo Ferranda, con tono contrario. “Entiendo que tus lazos con el Capítulo Trece son... inciertos en este momento.”

El sonido que soltó Angharad fue medio sollozo. Por mucho que mirara las paredes, no encontraba nada que Song y los demás pudieran desear de ella. Cerró los ojos, se obligó a calmarse. No romper en llanto delante de Ferranda sería una forma de dignidad para ambas. La otra noble permaneció en silencio hasta que se recompuso, su respiración estable, aunque sus ojos todavía estaban llorosos.

“¿La arrogancia nunca se siente como tal, verdad?” murmuró Angharad. “Solo como orgullo, hasta que te aplasta.”

Los ojos de Ferranda estaban en la distancia. Angharad sospechaba que sabía dónde y con quién.

“Los dioses disfrutaban de un plan bien trazado,” respondió la infanzona. “En ese instante previo a partir, cuando todo está claramente definido. Eso es lo que, creo yo, te destruye: estar tan segura de que con un poco de astucia puedes tenerlo todo.”

La infanzona sonrió con amargura.

“El destino es un caballo ciego y cruel,” afirmó. “Te derribaré cuando menos lo esperes.”

“No es el destino quien fue ciego,” dijo Angharad cansadamente.

“Quizá,” encogió Ferranda de hombros. “Pero, ¿qué cambia eso? Al final, cuando termines en el suelo, sin aire y agotada, solo hay una persona que puede decidir si te levantará de nuevo.”

“¿Eso hiciste tú?” preguntó ella.

Ferranda resopló, alejando la vista.

“Te lo diré si alguna vez logro entenderlo,” dijo con tono melancólico.

La mano de la infanzona descansó sobre el pomo de su rapier.

“Que tengas un buen día, Angharad, y mis deseos de pronta recuperación.”

La Pereduri asintió sin mucho interés. Ferranda vaciló unos instantes, luego asentó en señal de despedida. La puerta se cerró suavemente, demasiado silenciosa para ser como alguien deseara. Al menos, habría quedado algo claro, una nota aguda. Pero, en su lugar, solo lidió con medias verdades, cosas bastardas que resistían una definición sencilla. Poco había cambiado, pensó, pero mucho había cambiado alrededor de esa realidad.

Ahora, el suelo bajo sus pies resultaba ser arena, y aún no tenía nada valioso que ofrecer al Capítulo Trece en un trueque.

¿Y qué poseía realmente a su nombre? Mirando hacia atrás, parecía que toda su vida había estado apoyada en los demás. Dinero y influencias ajenas la habían alimentado, vestido, enseñado con los mejores maestros y abierto camino para que pudiera blandir su espada contra otros. Sus habilidades, sus victorias, aquello era suyo de verdad. Eso nunca cambiaría.

Pero ahora solo podía ver que cada piedra del camino que la había llevado a esas victorias había sido colocada por otra persona.

Incluso ahora, el mismo tío que había abandonado Llanw Hall para hacerse un nombre en la Guardia ponía todo en juego por ella. Usando sus grandes gestas, un esfuerzo de toda una vida y quizás incluso su propia existencia, como losas de pavimento en el camino de Angharad. Era algo repugnante, darse cuenta de cuánto había tomado y tomado, mientras ofrecía tan poco a cambio.

Aún más odioso era enfrentar la verdad de que no sabía cómo devolver nada de ello.

¿Qué podía ofrecer a cambio, su sangre? La Casa Tredegar había sido eliminada de los registros, sus posesiones confiscadas, y la única riqueza que Angharad poseía era la ayuda de su tío y la Guardia. No podía ofrecer una mano con espada, acamada, y aunque se levantara de esa cama, ¿cuánto valdría realmente ese acero? Las cuchillas y los mosquetes no escaseaban en

Tolomontera, y tampoco las manos expertas para manejarlos. Y los espíritus, ¿qué más quedaba de ella?

Incluso su contrato era—

Su contrato. Angharad lamió sus labios. Sus destellos, eran una herramienta fina, pero no servían de mucho para nadie más que para ella. Pero la puerta que ella y el Pescador habían abierto en el Dominio, las visiones que recorrían el sendero serpenteante, esas podrían ser valiosas para otros.

Si supieran de ellas.

Si Angharad abandonaba, al menos ante los Trece, la delicada ilusión de que su contrato trataba de reflejos aumentados. Si entregaba su vida en sus manos, tarde o temprano descubrirían que los contratos de predicción estaban prohibidos en Malan, bajo pena de muerte— y Angharad volvería a Malan, no cabía duda de eso. Para venganza y por su padre.

Angharad Tredegar cerró los ojos, mordiendo la parte interna de su mejilla, y luchó consigo misma. Una suerte ciega y cruel, había dicho Ferranda que era el destino. Tal vez tenía razón, pensó Angharad.

Pero aún tenía una silla de montar, para quienes estuvieran dispuestos a montar.

—

Había tantos relojes en el solar que parecía como si brotarán de las paredes.

Relojes elegantes de oro, en forma de caja de música incrustada con perlas, sencillos relojes de latón, esferas colgantes y hasta un reloj de arena excesivamente grande sobre una bisagra que podía voltearse. El tictac parecía un retumbo opaco y constante que te envolvía desde todas direcciones. Por suerte, la profesora Sizakele era una maestra suficientemente interesante como para que el ruido se desvaneciera en el fondo.

“¿Asfódel, eh?”

La profesora, en ese momento, tenía cuarenta años. De los veinte a los cincuenta no cambió mucho en su figura, salvo por cómo llenaba ligeramente sus holgadas túnicas traseras en diferentes lugares. Sin embargo, el cabello crecía, por eso lo mantenía atado en elaborados lazos cruzados.

“No sé mucho de los dioses del Rectorado,” dijo Tristan. “Los pocos asfódelianos que conocí no juraban por grandes nombres.”

La profesora resopló, recostándose en una gran butaca de cojines. Le quedaba bien como mujer grown, pero cuando era una niña de diez años, sus zapatos apenas alcanzaban el borde.

“Eso se debe a que el Rectorado no tiene grandes dioses,” le dijo la profesora Sizakele. “¿Te consideras piadoso, Tristan?”

“Nunca he conocido a un dios más confiable que un buen juego de ganzúas,” respondió él.

Fortuna se había alejado a echar un vistazo a las pequeñas travesuras en las que Cozen andaba metido, por lo que podía decir esto sin temor a represalias.

“Bien, bien,” sonrió la profesora. “Porque la Ortodoxia no es más que una vieja estafa.”

Él tosió, sorprendido por la crudeza de esa afirmación.

“Se ha vestido con ropajes elegantes a lo largo de los siglos, pero en su núcleo, solo es una lista de dioses que aceptaron jugar según las reglas de la Segunda República. Aquellos que no se arrodillaban ni se rendían ante Liernan, considerado el corazón del mundo...”

Ella deslizó un dedo por su garganta.

“¿El imperio mató a los dioses?” preguntó Tristan, sorprendido.

Todos los dioses que no se rindieron a la noche eran bienvenidos en la Ortodoxia, eso es lo que decían siempre los sacerdotes.

“Por cucharadas,” dijo el profesor Sizakele. “No tantos cuando consolidaban su dominio sobre Issa, pero para cuando comenzaron a expandirse al norte hacia el Mar Trebian, los emperadores se mostraron más autoritarios. En aquel entonces, Asphodel era una potencia regional, por lo que fueron particularmente meticulosos.”

Inclinó la cabeza hacia el tamaño.

“Así que mataron a los dioses que podían ser problemáticos,” comentó.

Le dirigieron una ceja levantada.

‘Repita la rima, muchacho,’ ordenó Sizakele.

Casi rodó los ojos, pero a su edad eso podría significar que le dieran una palmada con el palo. En lugar de eso, aclaró la garganta.

“Sal y plata,

ambos dañan al menor,

mientras río y línea,

detendrán a lo divino,

pero solo el mal y la astucia,

pueden acabar con lo abominable.”

La mujer de piel oscura asintió en aprobación.

“Eso es todo,” afirmó ella. “Un dios manifiesto puede ser alcanzado por disparos, pero todo eso solo destruye la imagen de un concepto. Los hombres siguen rezando, así que otro surgirá. El Segundo Imperio no fue tan tímido: mataron a los dioses, claro, pero luego trajeron a los suyos para ocupar esos puestos vacíos.”

“El Segundo Imperio cayó hace siglos,” señaló Tristan. “¿Qué pasó con esos dioses importados después?”

“La mayoría se hundieron y se desataron,” dijo Sizakele. “No es casualidad que los antiguos rectores de Asphodel concedieran a la Guardia el derecho de administrar una fortaleza privada en sus tierras. Hoy en día es más un depósito de suministros, pero hubo una época en que era necesario cazar dioses en esas tierras.”

“Así que ahora los dioses jóvenes tienen libertad total,” indicó él.

“Algunos conservan viejos nombres, pero esa es la realidad,” afirmó ella. “No ayuda que la fundación de Asphodel esté fracturada.”

Él arqueó una ceja.

“El mármol y el grano son lo que caracteriza a Asphodel,” comentó. “Sigo creyendo que todavía venden bien esas cosas.”

Sizakele rechazó sus palabras con un gesto.

“Eso es comercio,” afirmó ella. “Preocupaciones de la élite. ¿Por qué Asphodel se autodenomina rectorado en lugar de ducado, como hacen sus antiguos rivales en Rasen?”

“La capital fue construida, según dicen, sobre un antiguo lugar de aprendizaje anteiluminal,” explicó Tristan. “¿Y qué importa eso?”

“Porque el Primer Imperio manipuló la estructura del éter en Asphodel, como solían hacer,” le contó el profesor Sizakele. “Se dice que lograron estabilizarlo, casi volverlo inmóvil, y dejaron los dispositivos de éter que aseguraban esto cuando fueron expulsados de la región por la Noche Antigua. Las bibliotecas y máquinas anteiluminales fueron lo que hizo a Asphodel una potencia a tener en cuenta, en su tiempo.”

“Hasta que llegó el Segundo Imperio,” concluyó Tristan.

Y la estrategia de conquista del Lierganen podría compararse con la del alcaudón, si es que estos pican en fosas comunes de vez en cuando.

“Se llevaron todo lo que no estuvo atornillado y algunas cosas que sí, incluyendo gran parte de esas antiguas máquinas. El éter en Asphodel ha sido volátil desde entonces; tiende a inducir dioses de fogón en lugar de permitir que se cohesionen adecuadamente,” afirmó Sizakele.

“Dioses débiles, entonces,” intentó.

“Y muchos scavengers insignificantes,” agregó ella. “Eso no es motivo de celebración para tu brigada: los dioses nunca son tan peligrosos como cuando tienen hambre y están desesperados.”

“Pero esas deidades menores podrán ser dañadas por municiones de sal y plata,” afirmó Tristan. “Pueden ser asesinadas.”

“Para un valor dado de muerte”, dijo Sizakele. “Si matas al dios de la riqueza de Asphodel, morirá. Pero las formas en que lo reemplazarán tendrán muchas cosas en común, quizás incluso el mismo nombre. La única manera en que un dios puede permanecer realmente, completamente ausente—”

“Es veneno conceptual”, terminó Tristan.

Bane y engaño, lo llamó la rima. Matar el concepto mismo en el corazón de un dios, ya sea engañándolo para que actúe en contra de su naturaleza o sometiéndolo a su ‘azote’. Como el agua para un dios del fuego, la guerra para un dios de la paz. El daño conceptual dejaba un eco en el éter, por lo que sus efectos perduraban.

“Así es”, dijo la profesora Sizakele. “Aunque si te has vuelto tan audaz como para interrumpirme cuando hablo, es hora de avanzar a un nuevo conjunto de lecciones.”

Se levantó de su silla, revisó las estanterías llenas de relojes y extrajo un gran volumen encuadernado en cuero, que dejó caer ruidosamente sobre la mesa delante de él. Tristan entrecerró los ojos, pero no había título en la portada.

“¿Y esto es?”

“El Compendio de Azotes de Maduna”, sonrió con ferocidad la profesora Sizakele. “Será mejor que comencemos, hay unos cuantos cientos de pares que debes memorizar.”

—

Maryam no había vuelto a poner pie en la Abadía desde aquel primer día.

¿Para qué molestarse, si las bendiciones del lugar nunca serían suficientes para que ella alcanzara un segundo año en Scholomance? Sin embargo, ahora las cosas eran distintas. Y no solo porque la signifier senior de Tolomontera la acompañaba bajando las escaleras que rodeaban el abismo infinito de oscuridad.

Los diez anillos en su bolsillo pesaban menos que un cuchillo, pero para ella parecían cargados de todo el peso del mundo.

Por indicación de la Capitán Yue, siguió descendiendo, más allá de la celda que llevaba su número y hacia las profundidades de la oscuridad. Hasta llegar al fondo, donde el silencio se volvía opresivamente ensordecedor y hasta el roce de sus botas contra la piedra polvorienta sonaba

como un grito. La última habitación no era realmente una habitación: era una larga y ancha franja de piedra que se extendía en una negrura que parecía una lengua colgante.

La ausencia de una valla de protección debería haberla inquietado, considerando que un solo desliz podía hacerla caer al abismo, pero había algo... sólido en esa oscuridad. Estable. La capitán Yue hizo un clic con la lengua.

“Nunca me acostumbraré a este lugar”, dijo. “La Sombra aquí es demasiado dócil, da miedo.”

Las palabras de aquella mujer mayor parecían demasiado fuertes en la quietud, casi dolorosas para el oído. Maryam tragó saliva.

“¿Por qué no mi celda?” preguntó.

“Funciona mejor aquí abajo”, dijo Yue. “Y si el abismo te habla, estaré allí para impedir que saltes.”

“¿Impedirme qué?” logró decir Maryam con dificultad.

“Evidentemente, no perdiendo mi tiempo”, replicó la capitán Yue, rodando los ojos. “Vamos, entonces. No tenemos todo el día y ya casi es hora de que te embarques en esa galera. If se necesitan ajustes, debo saberlo hoy.”

Ella hizo una mueca y apartó la mirada. A pesar de este horror reciente, Yue no estaba equivocada respecto al poco tiempo que quedaba. No solo una semana y tres días antes de zarpar en la Entidad Valiente. Maryam respiró hondo, metiendo la mano en su bolsillo. Al principio, colocó cinco anillos, cada uno con un borde de criptogramas en el exterior y un número grabado en el interior. Con su mano izquierda, cargada de bronce, alcanzó su brújula.

La práctica diaria comenzaba a dar sus frutos: su efigie espiritual se movía con rapidez y precisión, más como una plumilla que como un pincel. Envolvía el hilo de nav alrededor de los anillos en un patrón sencillo pero firme, una polea de cinco ruedas tirando con fuerza. Le faltaba muy poco para alcanzar el límite en el cual la entidad retrocedería, pero no mucho más.

“Traza,” instruyó la Capitán Yue. “Primero dame una Esfera.”

Su mano se desplazó, dejando tras de sí el rastro de Gloam, y casi suelta una carcajada incrédula ante cuán fácil era trazar el Signo. Aún más simple que en la capa anterior. La esfera de Gloam puro se formó con un estallido, y Yue emitió un zumbido de aprobación al indicar que el trabajo era hermético.

“Libera,” dijo Yue, y Maryam movió la muñeca rápidamente.

El Gloam se dispersó como humo esparcido.

“Ahora seis anillos,” indicó la capitán con cicatrices. “Debemos encontrar tu primer techo.”

A María le habían dicho que, con el tiempo, sería capaz de tejer otro anillo con apenas un poco de esfuerzo, pero todavía no era así. Tenía que deshacer toda la bobina de nav, colocar el sexto anillo y solo entonces volver a trazar. Otra Esfera, igual de fácil de crear, aunque María casi sintió que el Gloam llegaba demasiado fácilmente.

“Siete,” dijo Yue.

Ni siquiera llegó a trazar antes de que la entidad comenzara a luchar contra ella. Aunque parecía que sus manos deberían ser jaladas de un lado a otro, eso era una ilusión de su mente — su cerebro esperaba consecuencias físicas en una lucha puramente metafísica. Sin embargo, apretó los dedos, apretando los dientes mientras luchaba por mantener su concentración, a la vez que la entidad tiraba con fuerza contra los anillos de azada. Podía sentir su rabia, su miedo.

Podía notar cuando se cortaba a sí misma al luchar, el forcejeo que de repente se relajaba después, como si huyera.

La capitán Yue había dicho que la criatura autolesionándose devolvería las cosas a María, pero ella no sintió nada de eso. Frunciendo el ceño, deslizó su atención a lo largo de la nav en busca de un cambio mientras su mano física descansaba sobre el hacha en su cinturón. El tacto del acero era familiar, y—

Jakov rió, el gran oso barbudo ajustándole la muñeca mientras se ponía detrás de ella.

“Un chasquido limpio, pequeña reina,” dijo. “Siempre un chasquido limpio, o perderás tus apuestas, sea si mis guerreros están ebrios o no.”

Sus rodillas tocaron el suelo.

“Corre,” gruñó, la sangre goteando por su rostro, manchando su barba de rojo. “Ve, María. Tu madre juró—”

Relámpagos y humo, pólvora, y Jakov gritó—

Palmas aplastando la piedra, María Khaimov vació su estómago en la tierra. Jakov. Oh dioses, Jakov. El primer capitán en unirse a los Inviernoermados, el más bondadoso. El hombre que le había enseñado a lanzar hachas para ganar anillos frente a guerreros ebrios en banquetes. Estaba tan orgulloso cuando logró hacer cinco lanzamientos consecutivos. Casi podía verlo tendido en el suelo, con la mitad del cráneo hecho ruinas negras por el disparo de cañón.

¿Cuánto había pasado desde que pensó en Jakov? Demasiado tiempo. Un nudo de bilis volvió a subirle por la garganta.

La Capitán Yue permaneció allí, sin decir una sola palabra. María no la miró, cerrando los ojos hasta que pudo pensar en algo más que esa risa salvaje, silenciada para siempre.

“Dos fragmentos de memoria,” logró decir. “Conectados, pero no en un mismo momento.”

El primero de los primeros días, el otro del final.

Las conexiones emocionales ejercen una influencia mucho más poderosa que el tiempo, del cual la Gloam no se preocupa en absoluto, observó el Capitán Yue.

Ella asintió, respirando profunda y lentamente. Pasaron algunos latidos más del corazón.

“Tu primer nivel de cinturón equivale a seis anillos,” dijo Yue con sencillez. “Por ahora, esa será la cantidad de poder que podrás manejar. Si necesitas más, puedes añadir otros anillos, pero prepárate para un combate—y el tipo de reacción adversa que ello conlleva.”

Maryam asintió, aún jadeando.

“Quita el séptimo, te entrenaremos con seis,” instruyó la mujer mayor. “No tengo intención de enviarte fuera de Tolomontera antes de que tengas dominado el arsenal de novato, Maryam. Estaremos aquí todos los días hasta que lo consigas.”

El arsenal del novato: los tres Signos básicos enseñados a todo signatario que aspira a la violencia. Confusión, un Signo Acumenal con el que ya tenía cierta habilidad. La Bayoneta, una forma sencilla de violencia Ancipital mediante contacto. Y, por último, Carga: una pequeña maldición Didáctica que funciona en casi todo lo que pueda considerarse vivo.

Aunque se le presentaba mucho trabajo por delante, el corazón de Maryam latía con una alegría casi palpable: hace un año, manejar algo además de una Confusión torpe habría sido un sueño de necios.

“Entonces, manos a la obra,” dijo, levantándose de nuevo.

--

Primero, Tristan utilizó una trampa cebada.

Eran cosas sencillas, lo suficientemente simples como para construirse a mano. Una cesta con peso bien colocada, con cebo colgado de un hilo de modo que, al tirar del cebo, la cesta cayera y atrapara a la presa. Le llevó unos treinta minutos ajustar una de las cestas de la cocina para ese fin, y el mismo tiempo para convencer a Song, que no estaba nada impresionada, de que la mesa de la cocina, ahora ocupada por una pila de patatas, no le importaba.

Hubo concesiones, como pelar una cantidad desproporcionada de esas patatas, pero logró conseguir lo que quería. El cebo quedó colocado: un cuenco de semillas de zanahoria que la ave no podría resistir, y se fue a dormir de buen humor. La emoción aumentó en la mañana, al salir al jardín, con un curioso Song siguiéndolo, y encontraron la cesta volcada. No había movimiento en su interior, pero él no se dejaría engañar: levantó ligeramente la cesta, permitiendo la huida a la urraca.

Pero no había ninguna urraca allí.

“¿Es eso un ratón muerto?” frunció el ceño Song. “Pensé que el cebo eran semillas.”

“Lo era,” respondió Tristan, mirando fijamente el ratón degollado.

Aún más insultante, el cuenco estaba vacío de las semillas, que eran el cebo real.

“Vaya magpie más astuta,” dijo Song con admiración.

Pensó Tristan en la oscuridad que Song pasaba a la lista. Revisó el libro sobre trampas que había alquilado a Silumko, quien claramente le estaba cobrando un precio abusivo y disfrutaba cada momento de ello. La simple trampa de cebo no había sido suficiente, así que decidió pasar a algo más elaborado: una trampa de embudo.

Construirla llevó más tiempo y requirió más clavos y trozos de madera de los que hubiera querido. Al menos, ambos materiales eran económicos y abundantes, pues los estudiantes de Umuthi probablemente se amotinarían si fuera de otra forma.

El resultado era algo inestable, como muy bien le señaló Maryam, pero funcionaba. La trampa de embudo era básicamente una jaula hecha con tablas algo separadas, con cebo en su interior y una entrada por la que el ave podía colarse para entrar, pero no para salir. Su enemigo, cegado por la arrogancia, no podría resistir la tentación de entrar a devorar el cuenco de semillas de zanahoria.

—El orgullo, —le dijo a Fortuna—, será su perdición.

Ella se acarició la barbilla.

—¿Realmente las urracas comen ratones? —preguntó Fortuna—. Tal vez fue una advertencia, Tristan.

Hizo una pausa.

—Como las camarillas de casa, ya sabes —dijo y adoptó su mejor semblante dura.

Entrecerró los ojos y simuló una mueca severa que, en realidad, fue más un puchero.

—Aléjate, rata, o te daré como a los ratones.

—Es un ave —replicó con tono plano.

—Pero una que está ganando —puntualizó ella.

A la mañana siguiente, encontró una ramita larga abandonada a medio camino entre dos tablas, así como un cuenco volcadamente vacío y claramente desocupado.

Otro ratón muerto había sido empujado dentro de la trampa de embudo en su entrada.

—¿De dónde sacará todos estos ratones? —se preguntó Song, mientras le pasaba una taza de té de menta, con la mirada fija en Tristan, que permanecía allí en mudo horror. —No he visto ningún

signo de ratones cerca de la cabaña.

Hizo una pausa.

—¿Crees que los caza en Allazei y los trae de regreso aquí después?

—No lo sé —murmuró Tristan—, pero tengo claro esto: por más listo que sea, no será más astuto que la goma de pegar.

—

Sería más correcto que Angharad viajara a la cabaña para esta charla, pero aunque su salud había mejorado notablemente —los dolores de cabeza persistían, aunque gran parte del dolor en sus huesos había desaparecido—, le costaba mucho caminar más de un par de minutos. Y con un bastón, además. El viaje al norte de Port Allazei seguía siendo demasiado lejos para ella sin un escolta similar que la ayudara a llegar a la Acallar, pero ese escolta no podría hallar la cabaña oculta.

De modo que la Decimotercera fue ella misma quien vino en su lugar.

Llegaron temprano en el séptimo día, aunque ella ya había desayunado con su tío antes, y éste se había ido para cuando Song llamó a la puerta, abriéndola suavemente cuando Angharad le indicó que entrara. Sus... no exactamente antiguas compañeras de camarilla lucían con buena salud. Song vestía su uniforme habitual con la misma pulcritud de siempre, y Tristan, por una vez, parecía casi sin moretones. Incluso las oscuras ojeras de Maryam se habían atenuado.

—¿Alguna vez han probado los churros? —preguntó Tristan con entusiasmo, antes de que ella pudiera saludarlos.

Ella parpadeó.

—No, nunca —dijo Angharad.

Él le mostró un puñado de palitos de hojaldre envueltos.

—¿Quieren uno? —preguntó—. Tengo demasiados.

Hubo una pausa.

—Aunque, en realidad, sería la cantidad correcta si Maryam no tuviera opiniones incorrectas sobre la canela.

—Me gusta con moderación —afirmó la mujer de ojos azules—, pero eso no es moderación.

—Ahora me pregunto si debería —dijo Angharad con ánimo—.

El ladrón agitó sus palitos de hojaldre, en un intento quizás de seducir, pero principalmente, hacía que Angharad se encogiera por el exceso de migas.

—Toma el churro, Angharad —suspiró Song—. De lo contrario, nunca dejaré de hablar de ello.

La irritación en su rostro, que habría sido evidente hacía unas semanas, ahora era tan leve que llegó a preguntarse si la imaginaba por completo. Angharad tomó uno de los pasteles ofrecidos, mordiendo la punta. Aún estaba tibio, aunque casi frío, y aunque el sabor era bastante dulce, lo disfrutó bastante.

—Está delicioso —admitió.

Tristan sonrió.

—Ve, Song, esas son tres personas oficialmente en la lista de la Decimotercera que han probado uno. Eso significa—

“No es, ni lo será nunca, un gasto de la brigada,” le informó Song.

Su rostro era severo, pero Angharad percibió un matiz de diversión en su tono. No era una discusión, sino una provocación, y esa imagen le produjo un pesar. Si ella se hubiera quedado, ¿habría...? No, ese pensamiento llevaba a un callejón sin salida. Por mucho que agitara la olla, no cambiaría lo que ya se había vertido en ella. Comió otra bocado de su churro, que ahora casi sabía a bittersweet.

“Por favor, siéntese,” le invitó. “Le agradezco mucho que haya venido.”

Después de que se sentaron, ella no se enredó en pequeñas conversaciones ni distracciones. Todos aquí sabían por qué ella había solicitado esa reunión.

“Había planeado abandonar la Decimotercera, pero la situación ha cambiado,” reconoció Angharad con franqueza. “Ahora me encuentro en una posición en la que lo mejor es seguir con la brigada.”

El rostro de Song podía ser tan imperturbable como una piedra, y Maryam no mostró reacción más que un entrecerrar de labios. Tristan solo sonrió con ánimo, pero Angharad supo que era una máscara superficial. Si Maryam rechazaba su regreso, no dudará ni un instante en apoyar su decisión.

“No estoy ignorante,” continuó ella, “de que no hago esta petición desde una posición de fuerte negociación.”

Hizo una pausa, dejando espacio para que alguien interviniera. No le sorprendió quién lo hizo.

“Eres una espadachina que no puede usar su espada,” dijo Maryam con tono suave. “¿Qué exactamente aportarías si te aceptaran de vuelta?”

El recuerdo de la expresión que Angharad había empleado durante la discusión en la cabaña no pareció una coincidencia. La noble se tragó su orgullo, luego exhaló lentamente. La soberbia no le ayudaría a salir de este trance.

“Perdóneme,” dijo Angharad.

Maryam parpadeó.

“Mientras no mentí la última vez que discutimos,” prosiguió la Pereduri, “sí expresé la verdad de forma cruel, y a propósito. No fue digno de mí ni justa con usted, así que le debo una disculpa.”

La mujer de ojos azules la miró con desdén.

“Eso habla bien de usted,” dijo Maryam con tono algo sarcástico. “Pero no responde a mi pregunta.”

“No,” reconoció Angharad, “pero era necesario decirlo, de todas formas.”

Entrelazó sus manos sobre su regazo.

“Podré moverme con más comodidad usando una muleta cuando lleguemos a Asphodel, pero es cierto que no estaré en condiciones de pelear unas semanas después,” dijo, con los dedos apretándose. “Por eso ofrezco en su lugar el uso de mi contrato.”

Hubo sorpresa general. Nadie se atrevió a cruzar la línea y preguntar, pese a la invitación implícita.

“Si bien he insinuado en otras ocasiones que mi contrato está relacionado con los reflejos, eso no es correcto,” afirmó Angharad. “Me permite prever lo que está por venir.”

Lamiéndose los labios, su corazón latía con fuerza. Nunca antes había hablado con tanta detalle sobre su trato con el Pescador.

“Solo puedo obtener destellos breves, algunos momentos antes, pero si me concentro, puedo tener una visión que se extiende mucho más allá.”

“¿Cuánto más allá?” preguntó Song en voz baja.

“¿No lo sabes?”

La mirada de Angharad se dirigió hacia la que había hablado: Maryam, cuya expresión estaba en sombra. No era enojo, pero quizás rozaba esa línea. La ceja de Tristan también se levantó. Ah, pensarían que era injusto que su propio contrato fuera invisible para Song, mientras que el suyo no. Y con razón.

“Su contrato es difícil de interpretar,” respondió Song. “Como si viera a través del agua. Alcancé a entender algunas palabras, que indican que le permite ver cosas, pero poco más.”

Una pausa.

"Mi propio dios me aconsejó no cavar, y fue inusualmente serio al dar ese consejo."

Tristán emitió un silbido suave, observándola con curiosidad.

"No tienes contrato con un suplente, entonces," dijo. "Apoyaré la pregunta de Song—¿hasta qué punto?"

"He visto toda una escaramuza y el comienzo de la persecución después de ella," dijo Angharad. "¿Quizás unos quince minutos en total? Creo que podría ir más lejos, esa duración no me pareció mucho peso."

Era solo una sensación, pero sospechaba que podría aguantar fácilmente el doble o el triple de tiempo. Fue la repetición lo que la desgastó hasta el hueso, no la extensión del hilo.

"La emboscada de los cultistas en el bosque," dijo lentamente Song. "Cuando tus ojos sangraban."

Angharad inclinó la cabeza en señal de acuerdo.

"Fue la primera vez que usé la habilidad. La enseñanza de mi espíritu no fue... suave. La utilicé muchas veces consecutivas entonces, pero ahora no creo poder hacerlo más de una vez al día sin dañarme a mí misma."

La pregunta que siguió no fue del tipo que ella esperaba.

"Malani mató a todos los Izvoric que podían predecir el futuro, cuando reclamaron tierra en su país," dijo Maryam con voz fría. "¿Son tan diferentes las leyes para tu propio pueblo?"

Angharad tragó saliva.

"No lo son," afirmó. "Según las leyes del Reino de Malan, si hiciera lo que debo, me matarían."

Y eso provocó otra ronda de silencio. Song, pensó, debió sospechar al menos. No así los demás, que parecían no saber muy bien qué pensar de esto. No queriendo que el silencio se prolongara demasiado, la Pereduri intervino.

"Donaré el uso de esa visión a la brigada," dijo Angharad. "Incluso para asuntos personales, si nuestras deberes lo permitieran."

Tragándose su orgullo, inclino la cabeza.

"Por favor."

Hubo un largo silencio antes de que alguien hablara.

"No toleraré que rechaces órdenes," dijo Song.

"No lo pediría," respondió Angharad.

Incluso con fiebre por la mara, se vio obligada a aceptar que quizá había sido demasiado pedir. La Tianxi de ojos plateados inclinó la cabeza.

"Eso es un comienzo," dijo. "Pero aunque soy capitana del Trece, no acogeré sin resistencia tu regreso a sus filas contra la voluntad de los demás. ¿Tredegar, Tristan?"

El ladrón se encogió de hombros.

"Nunca he tenido problemas con Tredegar, personalmente," sostuvo. "No discutiré su reingreso, por decirlo de alguna manera, pero tampoco lo apoyaré. Maryam?"

Sus ojos azules buscaron los de Angharad. Ella no frunció el ceño, aunque no era un gran placer estar a merced de alguien que no ocultaba su desagrado hacia ella.

"Parte de mí quiere hacerte retorcer," dijo Maryam, "pero ¿de qué serviría? Sería una satisfacción venenosa. No te estaré juzgando por nada, solo disfrutando el momento con el hacha."

La mandíbula de la Izvorica se tensó.

"Tu contrato, quiero conocer sus límites," dijo.

"Aún no los he aprendido," admitió Angharad.

"Entonces te pediré hasta una hora al día," respondió Maryam Khaimov con una sonrisa torcida, "para someterte a pruebas destinadas a ello."

Esa era su condición. Algo para tener sobre ella, una sensación de dominio. Angharad se dijo que no lo usaría cada día; la formulación dejaba abierta la posibilidad de poca frecuencia. Y la dura realidad era que la posición de negociación de Angharad se podía describir mejor como 'a su merced'.

"Lo juro," dijo Angharad.

Maryam apartó la mirada con esfuerzo y luego se volvió hacia Song. Con la mandíbula aún apretada, asintió en dirección a la Tianxi, quien sostuvo la mirada de Maryam por un largo momento, como si quisiera asegurarse, antes de devolverle el gesto. Solo entonces volvió su atención a Angharad.

"Bueno entonces," dijo el capitán Song Ren. "Tendremos que ver cómo trasladar tus pertenencias de regreso a la cabaña."

--

Imani Langa había reservado una habitación privada para cuatro en el Crocodiliano, una taberna cuyo principal atractivo eran las mesas grandes y la comida, más que decente, a un precio

razonable.

La Malani probablemente esperaba que Song llegara acompañada de Angharad, considerando sus lazos sociales, pero Song habría estado firmemente reacio a aceptar esa suposición, incluso si los Pereduri no parecieran ahora como si alguien hubiera escupido sobre sus botas cada vez que mencionaban a Imani Langa. Como capitán del Onceavo, ella había enviado un mensaje diciendo que traería a Thando Fanyu, por lo que Song Ren, en respuesta, llevó al enemigo natural tanto de espías como de nobles.

“Pregunté lo básico, y si ese grupo fuera más sospechoso, sus propias sombras no le darían la espalda,” opinó Tristan Abrascal. “Langa tiene escrita a sangre fría en la mano del puñal, y Fanyu ha dejado muy poca huella para ser un noble con tan buenas conexiones. Están manteniendo un bajo perfil a propósito.”

Los labios de Song cuidadosamente no sonrieron. Había cierta satisfacción en dejar expresadas en voz alta las palabras que sería inapropiado decir en voz alta. El Sacromontano de ojos grises se apoyaba contra la pared en el pasillo, con los brazos cruzados, mientras esperaban que el tabernero regresara del cuarto.

“Sacúdelos,” murmuró. “Langa es demasiado astuta para que podamos obtener algo de ella de otro modo.”

Él le dirigió una mirada de reojo y asintió.

“¿Qué buscamos?” preguntó Tristan.

“Su posición en el próximo desarrollo del panorama político,” dijo Song.

Cuatro brigadas se dirigían a Asphodel, y aunque Song creía tener un buen dominio de dónde caería la Cuarta y la posición de la Ninetevents respecto a ambas, la Onceava aún era un misterio. Imani Langa tenía vínculos con Angharad, por más que se hubieran enfriado, y también con el lord Thando Fanyu. Quizá incluso aquellos lazos que podrían ser utilizados para influir en el Thirteenth ahora que el bailarín del espejo volvía a estar asociado con ellos.

Saber si era mejor mantener la distancia con la Onceava ayudaría a definir en qué contrato debería centrarse el Thirteenth en Asphodel.

El tabernero, un hombre de piel oscura, barriga prominente y dientes amarillentos pero con un impresionante barba bifurcada —bien arreglada, a diferencia del delantal de cuero manchado de aceite que llevaba—, asomó la cabeza por la puerta un momento después.

“Está listo,” dijo. “Adelante.”

El Crocodiliano no era una taberna tan grande como para que el espacio trasero justificara realmente el nombre de ‘habitación privada’, reflexionó Song. Dos tercios del edificio eran el salón principal con sus mesas grandes, mientras que el resto se dividía en dos partes por un pasillo estrecho por donde estaban de pie. A un lado se encontraba la cocina, en ebullición constante, y

del otro, dos puertas aguardaban. A simple vista, serían las habitaciones del propio dueño y la pequeña, casi estrecha, sala privada a la que los llevaron ahora.

Dentro, esperaban la capitana Imani Langa y su segundo, sin levantarse al entrar Song y Tristan, pero saludando con un asentimiento. Tenían una jarra y vasos de barro en su lado de la mesa cuadrada, ligeramente torcida, y mientras la Tianxi se acomodaba en una de las sillas endebles dispuestas para ellos, respondió a las preguntas del propietario pidiendo una copa del infame y mediocre sidra del Crocodiliano. Para su sorpresa, Tristan pidió un salteado de verduras.

“Capitán Song,” Imani Langa le sonrió con amabilidad. “No en las Galerías, como discutimos inicialmente, pero me alegra finalmente compartir una mesa contigo.”

Song estiró los labios y ladeó la cabeza en lo que podría interpretarse como un gesto de acuerdo.

“Las circunstancias exigieron mi atención,” dijo. “Espero profundizar nuestro conocimiento en Asphodel, capitán Imani.”

La otra Stripe inclinó la cabeza en respuesta, luego se volvió parcialmente hacia su compañera.

“Si me permite presentarme-”

“Thando Fanyu,” interrumpió Tristan. “Laurel, diplomático. Vínculos sanguíneos con los altos mandos de los Sing Sing Jackals.”

Se inclinó hacia adelante.

“¿Hay alguna verdad en los rumores de que intentaste ingresar como Skiritai, pero no pasaste la selección?”

Thando Fanyu no tenía rostro agraciado y, al igual que los brazaletes dorados que colgaban de sus orejas y la riada de anillos en sus dedos, era una distracción que dificultaba entenderlo del todo. No tanto, sin embargo, como para que Song no detectara el leve temblor de ira que las palabras de Tristan provocaron en él.

“No hay ninguna,” afirmó Thando con dureza. “Creo que tú eres, Tristan Abrascal, de Sacromonte. Aprendiz de una Máscara.”

“Felicidades,” respondió Tristan con ironía, “puedes reconocer un acento y sumar lo evidente. Me sorprende que los Jackals hayan podido enviar a un prospecto tan prometedor a Scholomance.”

Los ojos de Thando se estrecharon, pero la herida no fue tan profunda — o estaba controlando su temperamento. En cualquier caso, no había nada que ganar con seguir presionando desde el principio. Song aclaró su garganta y Tristan hizo un gesto de cansancio, rodando los ojos antes de recostarse hacia atrás. Ella sospechaba que quizás disfrutaba un poco demasiado de esta situación.

“He decidido reunirme con los otros capitanes que partirán hacia Asphodel,” dijo Song. “Creo que es prudente compartir información, considerando lo que podríamos enfrentar.”

Imani giró ligeramente la cabeza.

“¿Y qué sería eso?”

Ella tenía razón antes: Langa era demasiado suave. Lo suficiente como para que Song no pudiera discernir si estaba actuando en secreto o si simplemente jugaba con nosotros por una razón válida en ese momento. La Malani parecía tener práctica, muy—

“O estás revelando que no eres muy útil, o nos estás tomando el pelo con alguna intención oculta,” dijo Tristan con tono severo.

Thando Fanyu se tensó, evidenciando que su paciencia se había agotado.

“Tus modales son—”

“Lo que alguien que evita responder exactamente esa pregunta se dedica a hacer,” interrumpió Tristan con sarcasmo. “Así que, ¿estás jugando con nosotros? Al menos, hubieras esperado a que me sirvieran la comida si realmente quisieras perder nuestro tiempo.”

Imani Langa no dijo nada, solo levantó una ceja en señal de desafío hacia Song. Entonces, no era tan fácil de intimidar. Se requería un ángulo diferente.

“Nuestro benefactor enseñará a Saga mientras está en el extranjero,” compartió.

“El nuestro será responsable de Mandate,” respondió Imani con calma.

La comida y las bebidas llegaron en ese momento. Song probó su sidra — mediocrísima en extremo, como jugo de manzana prensado con alcohol mezquino — y observó a Tristan mientras comenzaba a hincar el diente en su plato. Usando utensilios, no palillos. Los otros dos bebieron de sus copas de cerveza, pero solo por un instante. La conversación pronto continuó.

“Visité la biblioteca en las Galerías,” dijo Imani, “y me interesó saber que algunos de los libros que buscaba ya habían sido prestados.”

“¿De verdad?” respondió Song, sin mucho para responderle.

“Acceder a los que no tengan copia sería un buen gesto,” sonrió, “una colaboración de información, como mencionaste.”

“No sé cómo se hace en Malan,” dijo Tristan, “pero en la Ciudad, cuando hay un intercambio, ambas partes ofrecen algo a cambio.”

“La confianza, Maestro Abrascal, se gana,” dijo Imani. “Una muestra a la vez. Demandarla es inútil.”

“Estoy de acuerdo,” dijo alegremente. “¿Entonces, cómo piensas ganártela? Estoy atento a tus palabras.”

“Convocamos esta reunión de buena fe,” empezó Thando, con tono severo, “si tú-”

Y Song comprendió, observando con leve horror, exactamente por qué Tristan había ordenado el salteado de verduras chao. Casi todos llevaban guisantes, y al hablar Thando Fanyu, la mano del ladrón que sostenía el tenedor se resbaló. El guisante aceitoso rebotó en la mesa, cayendo sobre la manga del noble, y hubo un breve instante de silencio.

“Vaya,” dijo Tristan con falsa modestia.

Desde el ángulo de su vista, Song vio cómo la mano de Thando se estremecía hacia el cuchillo a su lado, pero su mirada permanecía fija en donde debía: en el rostro de Imani Langa. Mientras observaba, la Malani lanzaba una mirada rápida a su segundo, que estaba a punto de cruzar un límite, y en ese momento apenas entreveía las calculaciones que se desarrollaban tras aquellos ojos oscuros.

Imani no deseaba romper con el Duodécimo, aunque Tristan era quien había provocado el incidente y su propio segundo era el que estaba siendo incitado.

“Thando,” dijo ella, poniendo una mano en su brazo. “No lo hagas.”

Su mirada volvió a la del otro lado de la mesa, enfriada.

“Esperaba más del Duodécimo, considerando lo bien que Angharad hablaba de ti.”

La mano de Song quería golpear suavemente la mesa, pero había testigos. No podía permitirse ese lujo.

“Interesante,” dijo Song. “Casi no has mencionado nada sobre ti, Capitán Imani.”

La Tianxi se levantó. Había conseguido lo que buscaba.

“Los ánimos están caldeados, por lo cual pido disculpas en nombre de mi cabalista,” dijo Song. “No obstante, quizás sería mejor si aplazáramos la reunión para otro día.”

“De acuerdo,” respondió Imani Langa.

“Vamos, Tristan,” dijo Song al ponerse de pie.

“Claro, claro,” respondió, dejando la silla atrás. “Puedes quedarte con el resto de mi plato, Thando. Está bastante bueno.”

La mandíbula del Malani se tensó. ¿Cuántas veces en su vida había sido tan caprichosa y persistenceemente insultado? — se preguntó Song. No lo bastante a menudo como para no sentirlo. Una debilidad útil para recordar. En ese momento, dirigió una mirada severa, realmente

pensada, hacia el ladrón, pues no había razón para seguir provocándolo. Tristan, por su parte, sonrió inocente y la acompañó mientras ella ofrecía un cortés saludo de despedida al undécimo.

Apenas estaban a cuatro pasos de las puertas cerradas cuando Song empezó a tararear.

“¿Lo atrapaste?” preguntó.

Él cruzó las manos detrás del cuello, caminando a su lado.

“Langa quiere algo de nosotros,” dijo Tristan. “Lo suficiente para dejar pasar mi insistencia, cuando ella podría haberse aprovechado de ello en su lugar.”

Hizo una pausa.

“Todo esto huele muy mal, Song.”

“Hacia los Cielos,” ella asintió. “Creo que ya es hora de que revisemos más de cerca al Undécimo.”

“Exactamente eso pensaba,” murmuró Tristan. “Dame unos días y veré qué puedo descubrir.”

Song asintió, con la vista fija en el camino por delante. Faltaban piezas, pero ella ya podía imaginar: había sangre en el agua. Solo faltaba averiguar quién era el tiburón y quién la presa.

--

Era su última noche en la cabaña.

Dado que la Empresa Gallant partiría en la marea temprana, se consideró más prudente que pasaran la noche siguiente en el Hostal Rainsparrow. Eso significaba que Tristan tendría una última oportunidad de victoria antes de verse obligado a retirarse derrotado al extranjero, como un general de Someshwari deshonrado. Por eso, yacía oculto en los arbustos, escondido bajo un manto de hojas.

—Y usted está bastante seguro —susurró Tredegar— que esto es una urraca y no un espíritu?

Supuestamente, la noblewoman pertenecía a una ilustre estirpe de cazadores por parte de su padre, por lo que había sido convocada como consejera. Ella se encontraba sentada en la maleza a su izquierda, en su mayor parte, según podía percibir, porque quería evitar a Song. La renuencia de Angharad a dirigirse al capitán parecía surgir de la incomodidad de no querer estar realmente bajo su mando mientras era consciente de que su regreso había sido, en cierto modo, un favor, una disparidad que no manejaba con gracia alguna.

Maryam pensó que era bastante divertido observarlo, así que, en términos de moral, quizá eso equilibraba las cosas.

—Song confirmó que no es un dios ni un lemur —respondió.

—Song no puede ver qué hay dentro de un animal —dijo Angharad—. O en una mujer, para qué mentir.

Cierto, aquel error con la mara. Era interesante que la bailarina del espejo hubiera decidido adentrarse en la Hora de los Brujos, sabiendo bien los riesgos, pero eso no era problema suyo. Las capas no crecen en los árboles, dudaba que hubiera alguna para que ella repitiera esa tontería en Asphodel.

—¿Crees que está poseído? —preguntó.

—Creo que, incluso para una urraca, aves astutas por excelencia, mostró una gran astucia —dijo Angharad—. Quizá demasiado, incluso. Sea posesión o algo distinto, no puedo asegurarlo.

Reflexionó sobre ello durante un largo momento.

—Solo funcionaba con trampas al aire libre y a la vista —finalmente dijo—. Claras, en cierto modo. Si solo es un pájaro, el pegamento para aves será suficiente.

Ella arrugó la nariz. La noble no debió encontrar popular el uso de ese pegamento, pero no era así. El pegamento para aves, bueno, en la práctica variaba de un lugar a otro, pero en esencia consistía en una sustancia pegajosa que se podía extender sobre una superficie, atrapando al ave al posarse. La receta del pobre hombre era la hecha con corteza de acebo, pero eso requería casi toda una noche de ebullición y semanas almacenada en un lugar húmedo. Tristan había optado por una receta con aceite y trementina, que no necesitaba tanto cuidado para ser eficaz.

Había preparado suficiente para colocar una trampa perfecta en el jardín: una gran piedra plana, cubierto con pegamento para aves, y una pequeña taza de madera llena de semillas sobre ella. La taza no podría volcarse, y no se alimentaría de ellas sin aterrizar en la piedra. El tiempo de la urraca se había agotado.

—Ah —suspiro Angharad—, ahí está.

Tenía razón. La urraca había aterrizado en la hierba, a apenas un pie de la piedra cebada, y estaba dando saltos. Este era el mejor vistazo que Tristan había tenido de su enemigo; y a pesar de haberlo sabido en principio, seguía sorprendiéndole el tamaño del ave. Las urracas eran más pequeñas que los cuervos, al menos las de Sacromonte, pero esta tenía el tamaño de un gato. Y no un gato pequeño, tampoco. Era una criatura elegante, con plumas lustrosas y una franja blanca en los costados y la espalda, de un corte distinguido.

También olfateaba el pegamento para aves, como si desconfiara.

—O las urracas de Malani son mucho más pequeñas que otras razas —observó Angharad—, o esa criatura huele a espíritu.

—Tomará la caza —insistió Tristan.

Ni siquiera había acabado la frase cuando la urraca emprendió vuelo. El rostro de Angharad era tan solemnemente serio que bien podría haberse echado a reír. Tristan, recogiendo los restos de su dignidad, se aventuró a la teoría de que podría regresar. ¡Y así fue! Volvió a posar, lanzando un gran trozo de corteza seca sobre la piedra cubierta de pegamento. Luego se posó sobre ella, presionando como si hiciera pruebas, y soltó un canto de triunfo antes de devorar las semillas en la taza.

—Debería haber traído un mosquete—, dijo Tristan con tono sombrío.

Tredegar aclaró su garganta.

—¿Has mejorado mucho en el tiro últimamente?— preguntó delicadamente.

—Por eso sigues enzarzándote en duelos, Angharad—, le informó, luego aclaró su garganta—. Pero he entendido tu mensaje.

Quizá podría haber manejado metralla, pero no lograba subir un cañón solo por esas escaleras. O conseguir un cañón, a menos que asaltara el fuerte de la guarnición. O quizás un barco. Hmm, un barco podría ser factible. El ladrón pensó en la arrogante urraca, tan segura de su victoria momentánea. Nunca vería venir la metralla. A estas alturas empezaba a considerar que tal vez esa no era una urraca cualquiera, así que podría argumentarse que era su deber como valiente miembro de la Guardia encargarse de la situación.

—¿Has considerado negociar con el espíritu?—

Él dirigió una mirada severa hacia la noblewoman.

—Angharad—, dijo—. Esta criatura ha arrasado mis campos, destruido mis talleres—

—Trampas—, dijo con sequedad—. Se las rompió.

—Destruído mis obras—, reiteró con autoridad—. Y masacrado a roedores que, presumiblemente, eran inocentes. ¿Vas a negociar con este demonio?—

—A veces—, dijo Angharad con gravedad—, debemos hacer concesiones en la oscuridad.

Ella le sonrió con expectativa, como si esperara que impresionara.

—Entonces, traición—, dijo con tono sombrío.

Un extraño destello en su ojo, seguido de una sonrisa casi forzada.

—No creo que puedas atrapar a esa ave con una bala—, le advirtió. —Por mucho que lo intentes, en mi lugar, intentaría hacerle una ofrenda en su lugar.

Él gimió pensativo, observando su rostro aún extrañamente serio. Recordando lo que había leído sobre el padre de Tredegar en su expediente, tal vez realmente estaba dando un buen consejo.

Además, recordaba las conversaciones de la hoguera acerca de cuántos de los dioses del laberinto se sintieron atraídos por ella durante la Prueba de las Ruinas.

—Ya casi no me quedan semillas—, dijo Tristan—. Supongo que, en este punto, poco hay que perder.

Regresó a la casa con ella, enfrentándose con valor a la fruncida ceja de Maryam mientras tomaba su cuenco más bonito, el de cerámica con los elegantes patrones de olas Izcalli, y llenándolo con un tercio de las semillas de zanahoria que le quedaban. Cuando volvió solo, no había rastro de su enemigo—Angharad había decidido observar desde dentro, apartándose de las negociaciones—, salvo el vaso de cebo vacío.

De manera ceremonial, se dirigió al centro del jardín, dejando el cuenco con una reverencia y sentándose en la tierra, fuera de su alcance.

—Dios de la tierra—, llamó—. Vengo a negociar.

Se quedó allí en silencio, al menos cinco minutos, reuniendo paciencia, antes de escuchar otro de aquellos cortos cacareos. Un gran pájaro salió de los árboles un minuto después, posándose al otro lado del cuenco, como si estuvieran sentados en lados opuestos de una mesa. Los labios de Tristan se contrajeron en una mueca.

—Me he dado cuenta de que—, empezó, luego frunció el ceño—. ¿Qué comprendes realmente, de verdad?

La urraca trino.

—No puedes ser un dios—, observó—. Song lo habría visto. Entonces... ¿un pájaro poseído, una urraca influenciada por Gloam?

La urraca saltó a la izquierda, luego a la derecha, picoteando el borde del bonito cuenco.

—Entonces, términos—, concedió Tristan—. Quisiera que dejaras de comer las semillas que planto.

Trino escéptico.

—A cambio—, ofreció el ladrón—, llenaré este cuenco con semillas una vez por semana.

La urraca empujó suavemente el hermoso cuenco de Izcalli, haciéndolo vibrar ligeramente. Tristan escupió una burla.

—No vas a caminar —dijo—. Podría dejar de sembrar zanahorias y ¿entonces qué te quedaría?

A él le respondió un graznido con voz ronca.

—Está bien —murmuró el hombre de ojos grises—. También dejaré una manzana cada dos semanas. ¿Qué te parece?

La urraca saltó de un lado a otro, luego trino y emprendió el vuelo.

—Parece que las negociaciones se han roto —dijo Tristan.

Tendría que averiguar cuánto cuesta un cañón. No uno naval, sino uno más pequeño que se coloca sobre un soporte de madera y con el cual puede apuntar un solo hombre. Probablemente podrían cargar metralla —el ladrón casi se derrumba por el peso repentino, sus alas batiendo contra su oído. Chilló, cubriéndose la cabeza mientras la urraca le despeinaba y clavaba sus afiladas garras en su uniforme. Habiéndose hecho cómodo a su costa, allí se quedó.

Parecía no tener intención alguna de marcharse.

—Se me ocurre —dijo Tristan— que quizás no hemos estado teniendo la misma conversación en ambos extremos.

La urraca trino en su oído, revoloteando en su pelo. Dios, qué animal tan pesado. No tanto como Mephistofeline, pero eso era cierto para la mayoría de los anclas de barco.

—¿Somos... aliados? —preguntó con incertidumbre Tristan.

Un graznido confirmatorio. Eso parecía suficiente aprobación.

—Entonces necesitarás un nombre —dijo él.

Hubo un momento de pausa.

—Raciones —sugirió.

El pico le picoteó cruelmente el cuero cabelludo hasta que levantó las manos en señal de rendición. Claramente, era lo suficientemente astuto para entender algunas implicaciones. O al menos, para leer su sentido de la picardía.

—Entonces, algo que incomode a los demás —reflexionó, y una vez más, trino de aprobación.

Media hora después, cuando Song entró furiosa al jardín preguntando por qué faltaba su cuenco favorito y las habitaciones olían a trementina, lo encontró acariciando aquel enorme urraco arreglado en su regazo. Tiene plumas muy suaves.

—¿Qué es esto? —preguntó Song.

—Esto —dijo Tristan con orgullo—, es Sakkas. Ahora nos acompaña.

Sakkas emitió un trino de acuerdo.

—No —negó rotundamente Song—. Cambia el nombre.

—Ya es tarde —sonrió Tristan—, se ha habituado a él.

La urraca soltó un graznido satisfecho, Song se pálido y Tristan sólo sonrió más ampliamente. Sí, decidió mientras acariciaba a su ave, esto sería perfecto. Sería realmente perfecto.